

tiérrez Lega, deberían leer autores como Luigi Cavalli Sforza, tal vez el más grande genetista del siglo XX, al antropólogo y médico afrocolombiano Manuel Zapata Olivella o antropólogos y arqueólogos como Tim Ingold y Tom Dillehay, para empezar. Por otra parte, señalo que la antropología y la arqueología del país tienen una larga trayectoria de investigación tanto sobre el mundo precolombino como el indígena actual y el de comunidades afrocolombianas, como se puede observar en las múltiples publicaciones del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (*Icanh*) y en los diferentes departamentos de antropología que existen en el país y que tal vez tengan ideas más fundadas al respecto, publicaciones e investigaciones que, por supuesto, no aparecen tratadas en el trabajo de Romero.



No obstante el texto racista, que algunas veces raya en el absurdo, se trata de un libro de hermosa presentación, con preciosas fotografías de cerámicas, objetos de oro y algunas fotografías de mujeres emberas tomadas por Camilo Hernández, Fernando Urbina (quien es un magnífico fotógrafo), Luz Miriam Toro, Juan Mayr, Ramiro García, y otras del Banco de la República (Museo del Oro) y del Fondo de Promoción de la Cultura. Una edición en un papel bellísimo que le permitirá ser exhibido en mesas de sala, con muchos errores editoriales y con una presentación grandilocuente del rector de la Universidad Central, Rubén Amaya Reyes, quien nos dice sobre este texto, editado por la Fundación Universidad Central en sus 35 años, que “constituye motivo de especial satisfacción [...] no sólo porque nos permite contribuir al esclarecimiento de capítulos vitales de ese pasado desconocido, sino porque además nos brinda la oportunidad de aquilatar —y de qué manera—

con el nombre de FLOR ROMERO, la excelsa galería de escritoras colombianas publicadas por nuestra casa de Altos Estudios Superiores, en afortunada conjunción con el júbilo de esta época en que cumplimos 35 años al servicio de la Patria en los ámbitos de la educación, la ciencia y la cultura”⁸.

Sólo me resta decir que considero una vergüenza para una universidad, al contrario de lo que piensa el señor rector, el publicar un libro que carece del más mínimo fundamento arqueológico y antropológico y prestarse para difundir ideas racistas, entre otras igualmente absurdas, sustentadas en el desconocimiento y la ligereza de una autora que ni siquiera logra un buen texto.

LEONARDO MONTENEGRO

1. La presentación y la introducción no están paginadas, la numeración comienza a partir del capítulo primero (pág. 33).
2. El subrayado es mío.
3. Hasta próxima indicación, esta cita y las que siguen pertenecen a la introducción.
4. En negrilla en el original.
5. J. J. Bachofen, *Das Mutterrecht*, Basilea, Benno Schwabe, 1864. Flor Romero anota en su bibliografía la edición de Princeton University Press, *El matriarcado*, 1973.
6. L. H. Morgan, *La sociedad primitiva*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1972.
7. J. F. Mc Lennan, *Primitive marriage*, Edimburgo, Adam y Charles Black, 1865.
8. Primera página de la presentación.

La rumba: análisis sin rumbo

La ciudad de los milagros y las fiestas. Redes y nodos en las creencias y la rumba en Bogotá

Juan Carlos Pérgolis, Luis Fernando Orduz, Danilo Moreno H.

Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, Bogotá, 1998, 108 págs., il.

En 1938, con ocasión del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, se conoció un importante conjunto

de publicaciones sobre la historia de la capital. Durante años esos trabajos fueron referencia obligada para quienes querían conocer sobre la ciudad. Sin embargo, no eran trabajos realizados por especialistas; muchos de ellos son crónicas, reediciones, etc., y sobre todo la ciudad ha sufrido en sesenta y seis años grandes transformaciones que han dejado desactualizados esos trabajos pioneros. Efectivamente, desde 1938 hasta el presente, Bogotá ha experimentado un acelerado proceso de urbanización generado, en gran parte, por el nueve de abril de 1948, o bogotazo, pues el asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán hizo que las clases adineradas se desplazaran del centro de la ciudad hacia el norte, lo que amplió el perímetro de la capital. Simultáneamente con el bogotazo se disparó la ya evidente primera violencia política (1946-1965), que se sintió con gran rigor en los campos colombianos y que obligó al desplazamiento de muchos de sus habitantes a los centros urbanos. Poco a poco la nación cambió su configuración rural a urbana y experimentó un gran crecimiento demográfico. Bogotá, por ser la capital, y ofrecer mayores posibilidades, se convirtió en el lugar favorito de refugio de las víctimas de la demencial violencia, y fue así como de los 400.000 habitantes que tenía en 1948, en la actualidad cuenta con aproximadamente 8.000.000, población demasiado heterogénea que, en cierta forma, es una muestra representativa de la diversidad cultural del país. El desmesurado crecimiento de Bogotá y la cantidad de problemas de allí emanados implicaron tomar distintas medidas de orden administrativo y financiero: en 1956 se erigió el distrito especial, se construyeron grandes avenidas y obras de infraestructura, se amplió la cobertura de los servicios públicos, etc., siempre de manera insuficiente. En 1991, por disposición de la Constitución de 1991, Bogotá distrito especial se convirtió en Santafé de Bogotá distrito capital (posteriormente, mediante reforma constitucional, recobró su nombre simple de Bogotá).

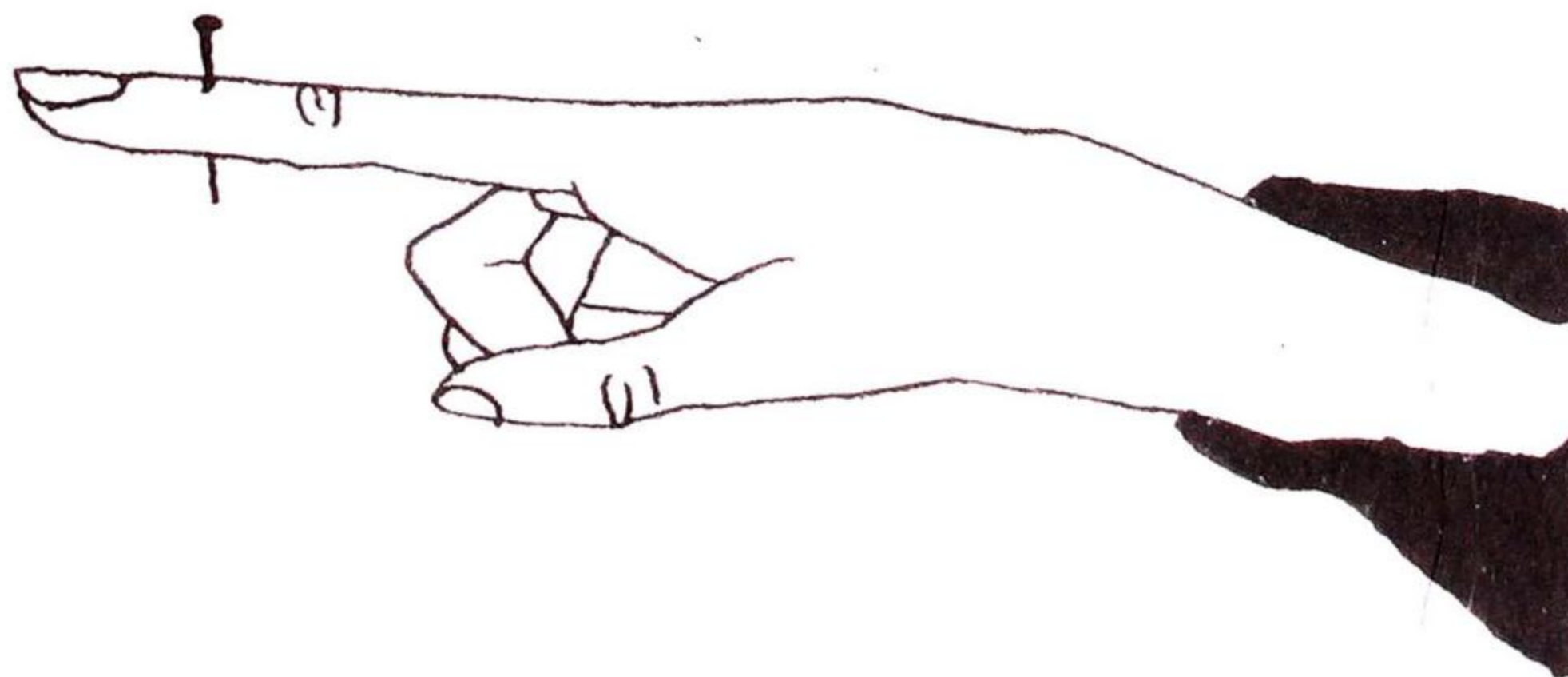
Durante los sesenta y seis años que han transcurrido desde el cuarto centenario, la investigación sistemática sobre la capital ha sido prácticamente nula, pese a existir especialistas en la materia. La historia, los problemas y los fenómenos nuevos no han sido estudiados exhaustivamente, o, si se ha hecho, la información se encuentra disgregada, lo que constituye una verdadera dificultad a la hora de planear estrategias y programas para la ciudad. Las decisiones trascendentales para la capital se toman de acuerdo con intereses políticos y económicos, sin responder a una juiciosa investigación ni a los intereses y necesidades de los habitantes, lo que ha implicado un desmedro en la calidad de vida. Así, durante la primera administración Mockus-Bromberg, se creó el Observatorio de Cultura Urbana, adscrito al Instituto Distrital de Cultura y Turismo, con el fin de promover la investigación de los comportamientos y actitudes de los ciudadanos, para lo que contó con un apropiado plan de divulgación. Aunque los resultados no fueron los esperados, pues el promotor entonces no tuvo un programa definido de investigación, se prefirieron proyectos presentados por amigos de la administración y se insistió mucho en pesquisas de corte cuantitativo, el experimento era interesante y, con algunos ajustes, quizá se hubieran obtenido mejores logros, pero la administración de Peñalosa consideró que el Observatorio no era pertinente y prácticamente lo desmontó en un claro acto de revanchismo político.

Así, el libro *La ciudad de los milagros y las fiestas*, del arquitecto Juan Carlos Pérgolis, el periodista Danilo Moreno Hernández y el psicoanalista Luis Fernando Orduz, trata de ser, a primera vista nada más, el producto del esfuerzo y la observación interdisciplinaria de los tres autores por dar razón de algunos fenómenos urbanos derivados del desmesurado y caótico crecimiento de la capital, el cual ha producido una pauta, quizá no maquívicamente pensada: “dejar de lado la ciudad antes que se consolide y correr a construir otro pedazo para olvidarlo en la misma forma” (pág. XIV), lo que ha creado una ciudad llena de espacios rotos, fragmentados y abandonados, efímera y en constante proceso de deterioro, producto del individualismo, opuesto a lo colectivo, que es la esencia de la ciudad, y la intolerancia, en donde sus habitantes —la mayoría de ellos no bogotanos—, la tratan con desamor y desinterés.

La investigación se basó en mirar el sentido de lo efímero y lo individualista, lo local y lo singular, representado en conductas y en acontecimientos expresados en la fiesta, en la rumba, y en las creencias, tratando de armar relatos que expresan la satisfacción de deseos y el sentido de la relación habitante-ciudad, para lo cual los autores utilizaron categorías de análisis como el significado, el fragmento, la red y el deseo. Aunque la propuesta puede sonar novedosa, no lo es tanto, si tenemos en cuenta que desde años atrás diferentes vertientes de las ciencias humanas, entre las que sobresale la fran-

cesa historia de las mentalidades, han abordado el tema de la fiesta como objeto de estudio. Así, algo que sorprende a lo largo de las 103 páginas del libro *La ciudad de los milagros y las fiestas* es que ni remotamente se menciona ni se tiene como marco de referencia tan importante aporte, señalando que ya en Latinoamérica y en Colombia existe abundante literatura sobre el tema. Algo parecido sucede con las creencias; ahí sí que no sólo la historia, sino que la antropología, la sociología, la literatura, etc., cuentan con una muy variada bibliografía, pero parece que les atrajo más el abordar la ciudad, en los aspectos de fiesta y creencia, como un texto de doble estructuración en el que las mediaciones (la memoria, las instituciones, etc.) y la observación son fundamentales, lo que puede sonar lógico, si tenemos en cuenta la ya mencionada dispersión y discontinuidad de los estudios sobre Bogotá y el interés del Observatorio por preferir estudios de fenómenos recientes, mediatos, que den solución a corto plazo pero sin interesar la génesis, la raíz, lo que podría dar respuestas más duraderas.

Luego de un primer capítulo, “La entrada”, en el que se explican los parámetros teóricos del trabajo: el significado, el fragmento, la red, el deseo, se pasa a un segundo: “La ciudad de la rumba”, en el que se define el fenómeno y en donde se observa poca lectura directa de trabajos clásicos sobre el tema. Es así como se hace referencia a Mijaíl Bajtin, no en su libro clásico *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, sino en cita hecha por Umberto Eco en *Carnaval*. Se hacen varias afirmaciones pero no se las demuestra empíricamente, y tal parece que los relatos recogidos, los recuerdos en la memoria y el material reunido a través de escritos no fueron lo suficientemente ricos o fueron muy escogidos y elaborados, forzados quizá, hasta el punto de que sólo muestran lo que los autores quieren que se diga. Es, así mismo, curioso que, existiendo tanta literatura sobre burdeles y whiskerías, sólo se haga una



reseña de una página, como si el trabajo de campo, o la “observación espacial” no hubiera alcanzado para tan importante condimento de la rumba bogotana y desconociendo algo que en alguna ocasión mencionó William Faulkner: en ningún lugar se puede escribir mejor una novela que en un burdel y sobre un burdel. En los casos en que se citan testimonios de informantes, no se sabe quién es, cuándo fue recogido, en qué momento, etc., como queriendo refrendar el planteamiento de anonimato, de no lugar, de sobremodernidad, en el que se satisfacen deseos y se generan relatos, que, según los autores, tiene la rumba. Sin embargo, muchas de esas aseveraciones pueden servir para, en un futuro, desarrollar investigaciones de largo aliento, como la siguiente: “Los rumbiaderos se convierten en pequeñas zonas dentro de la ciudad, fragmentos que guardan reductos de nostalgia de identidades perdidas en los procesos de migración” (pág. 25). Así mismo, las dos categorías de espacios para la rumba: los lugares y los recorridos, como los tipos de rumberos o vampiros: las sirenas y los zombies, al igual que los personajes arquetípicos de la rumba: los de adentro, los de afuera, y los umbrales deben ser objeto de investigaciones sistemáticas, de largo aliento, o cualitativas si se quiere, que analicen y den cuenta de los procesos urbanos propios de la capital y que sirvan de apoyo a políticas y programas que tiendan a mejorar el nivel de los habitantes. Curiosamente, sólo en una ocasión se hace mención de la fatídica hora zanahoria y su principal consecuencia: los amanecederos. Los núcleos considerados como más representativos: la zona rosa, la avenida Primero de Mayo, Venecia, el centro comercial Nutabes y el sector de Suba no son ubicados en un plano de la ciudad, ni se analiza el entorno social, económico y cultural de cada uno de ellos, ni se elaboró, a manera de censo, una lista de la totalidad de rumbiaderos existentes.

El tercer capítulo, “Desde el atrio”, trata de ser más riguroso que

el anterior; da una breve historia, sin fechas, ni contextualización, del avance del fenómeno religioso en Bogotá, y describe ligeramente los fenómenos religiosos (sectas, congregaciones y grupos) recientes, pero sin dar una respuesta satisfactoria al porqué de su surgimiento. La arrogancia en desconocer la bibliografía clásica sobre el tema hace que se quede en el enunciamiento sin profundizar mayor cosa y en tratar de reafirmar los conceptos trabajados por Maffesoli en su libro *El tiempo de las tribus*. Hubiera sido conveniente meterse de lleno en el estudio de una secta (solidaria, apocalíptica, de sanación, de la Nueva Era), de las más de 120 que existen en la capital, y demostrar su funcionamiento como red, como sistema de aldeas, etc. Algo similar podría haberse hecho con las iglesias (santuarios, cooperativas, tradicionales) y muy seguramente se hubiera conseguido un producto definitivamente cualificado y sin tantas elucubraciones, parecimientos e imprecisiones. Las escasas tres páginas dedicadas al templo del Divino Niño del barrio 20 de Julio son clara muestra de la ligereza en la investigación y en el análisis, que no pasa de ser una descripción que cualquier reportero o periodista hubiera hecho con mayor lucimiento. Es inconcebible que se hable de la “transformación” de Richie Ray y del Hare Krishna sin analizar las circunstancias que motivan tales fenómenos. La corta relación sobre la devoción popular al Cementerio Central y algunas de sus tumbas es inferior, en cuanto narración, a algunas crónicas aparecidas hace unos años en cierto diario capitalino. Al igual que en el capítulo anterior, el trabajo de campo, la llamada “observación espacial”, parece que fue muy rápida, muy fugaz, demasiado pobre, quizá por la ambición de ver muchos fenómenos sin ahondar en ninguno. De manera rauda, como todo lo que aparece en el libro, se trata de la Misión Carismática, de la Iglesia Cruzada Cristiana y de otras sectas, que podrían servir como ejemplo para consolidar el planteamiento de la ciudad efímera, pero no

se hace un esfuerzo por ello. Muy tangencialmente se analiza el papel de los medios de comunicación en el fortalecimiento de todos estos fenómenos religiosos, y sólo en una ocasión se menciona a los Estados Unidos, el gran promotor e impulsor de tales grupos que en última instancia son, a la manera que pensaba el olvidado Marx, formas de alienación, opios del pueblo, motivos de distracción, etc.



El cuarto capítulo, “Salida”, es una especie de conclusión de los tres capítulos anteriores.

JOSÉ EDUARDO RUEDA
ENCISO

Construcción en el horizonte

Espacios en blanco

Gustavo Adolfo Garcés

Universidad de Antioquia, Medellín,
2000, 51 págs.

El título de este nuevo libro de Gustavo Adolfo Garcés resulta pertinente a los fines de nuestra lectura. Espacios desprovistos de límites, o miradas, o prejuicios; espacios para ser llenados, en última instancia. Al interior, es la imagen que congrega —por comparación— dos realidades, según reza una definición accesible. El objeto A que quiero comparar y el objeto B que me servirá